

**SHAMIM  
SARIF**

**PROYECTO  
ATENEA**

**CROSS  
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Athena Protocol*  
© del texto: Shamim Sarif, 2019  
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2020  
ISBN: 978-84-08-23102-8  
Depósito legal: B. 12.002-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

A veces me pregunto si el mundo no se vería mejor a través de la mira de un rifle. Más nítido, más claro, más definido. Menos caótico.

En la mira tengo a un soldado, apenas un adolescente, poco más joven que yo, y está dormido. Tiene la boca ligeramente abierta y con una mano en la cara trata de evitar los rayos brillantes de la luz del alba que ha comenzado a llenar el cielo. Hasta puedo ver los hilos desgastados en el cuello raído de su chaqueta de camuflaje moteada. Muevo el rifle hacia la izquierda, donde un poco más lejos, tras una línea de árboles con espinas, hay un edificio bajo de cemento en el que duerme el líder de esta milicia, Ahmed. Luego, lo desplazo hacia la derecha y atravieso la zona de jaulas en las que tienen encerradas a las cincuenta y pico chicas que secuestraron hace tres meses. Todo el mundo duerme: los soldados, las rehenes y el líder. Espero y escucho a las dos mujeres que hay a mi lado.

La que está tan cerca de mí que nuestros cuerpos casi se tocan es Hala. La noto moverse, y a nuestras espaldas tose Caitlin, tratando de reprimir el sonido, a pesar de que estamos demasiado altos y lejos del campamento como para que

alguien nos pueda oír. Yo toso también. El aire está tan seco que se te agarra a la garganta cuando respiras. El olor a tierra quemada vuelve a subirme por la nariz; el olor del África occidental. Por un momento, pienso en el olor metálico de las calles de Londres en un día de lluvia, en casa. Pero no tardo en toser de nuevo.

—Se están empezando a retrasar los camiones —susurra Caitlin—. Tres, cuatro minutos.

Hala y yo dejamos por un momento los rifles y me vuelvo para mirar a Caitlin por encima del hombro mientras aparto con la cantimplora una cucaracha muerta que tengo al lado. Está atenta al pinganillo.

—Tengo hambre —comenta Hala. Esta chica siempre está comiendo, o pensando en comer.

Caitlin alarga la mano hasta su mochila y nos tira dos barritas proteínicas. No es que me entusiasmen, pero tampoco creo que lleve cruasanes recién hechos, así que me callo y la acepto. Hala se zampa la suya en un abrir y cerrar de ojos, sin mediar palabra. Hay que recuperar energías. Yo me como la mía con menos ganas; el regusto dulzón me resulta repugnante. Intento pensar en los millones de niños africanos que mueren de hambre y en que no tengo ningún derecho a quejarme, sobre todo si tenemos en cuenta que mañana volvemos a casa.

—Venga, vamos a retomar las posiciones —nos ordena Caitlin con amabilidad. Hay algo en su acento estadounidense, tremendamente cerrado y como de película de vaqueros, que me hace sentir aun más inglesa.

Hala y yo obedecemos: nos inclinamos sobre las miras de los rifles y volvemos a bajar la vista hacia el campamento militar. Estamos todas colocadas igual que la primera noche que estuvimos aquí, cuando nos limitamos a observar y a urdir un plan. Joder, qué mierda de noche. Al menos pude soñar con otras cosas cuando por fin conseguí dormirme.

Tenemos unas lentillas con las que podemos acercar o alejar la vista en función de cómo pestañeemos, así que incluso desde esta altura tenemos una imagen perfecta de los soldados. No esperaba que fueran tan jóvenes. Es habitual ver vídeos de niños soldados en África, pero estos no son niños, aunque tampoco adultos. Es probable que se hayan unido a Ahmed y a su milicia terrorista por voluntad propia. Si estás confinado en una aldea trabajando la tierra en cultivos que puede que nunca lleguen a crecer, es posible que Ahmed te dé algo en lo que creer... y armas con las que jugar. La otra noche los vimos riendo, picándose entre ellos como los chavales que son, enzarzándose en peleas que se disolvían tan rápido como se habían desatado. Alguna nariz que sangraba, gritos, empujones..., nada del otro mundo.

Pero lo que les hicieron a las chicas... Cincuenta muchachas a las que habían secuestrado de una aldea lejana, en un intento por extorsionar al gobierno para que liberara a unos prisioneros... No nos atrevimos a ver lo que les hacían, ni a mirarnos entre nosotras. Me cabré todavía más cuando me encontré con el rostro de Caitlin sin querer y vi que era un mar de lágrimas, que estaba sufriendo. Lo que más deseaba en ese momento era poder hacer algo, bajar y acabar con todo a punta de pistola. Creo que hasta llegué a hacer ademán de moverme, porque Caitlin me puso una mano en el brazo para sujetarme y calmarme, y ahí la dejó más de un minuto. Terminaron a las dos de la madrugada, sin intervenciones externas. La necesidad de dormir superó al resto, y el campamento se sumió en el silencio, justo como ahora.

Estar tumbada sobre tierra seca y tórrida no es precisamente un pícnic. Llevamos así casi una hora, porque Caitlin es de las de hacerlo todo con tiempo, no soporta el estrés de hacer las cosas a última hora. Se me están empezando a dormir las piernas. Las muevo y me seco una gota de sudor de

la nariz. La luz del sol se está llevando la negrura del cielo que hay más allá de la línea de árboles, y el calor comienza a hacer acto de presencia, a perjudicarnos. Estoy tensa y nerviosa; en este asalto no hay margen de error. Comienzo a revolverme y noto que Hala se vuelve hacia mí, irritada.

—¿Qué? —le espeto.

Pero en vez de contestar, vuelve al rifle y sigue mirando por el visor. Hala es una persona de pocas palabras y, además, no le gusta hablar inglés. No es que lo hable mal; de hecho, lo habla realmente bien, teniendo en cuenta que empezó a aprenderlo en condiciones hará un par de años. Sin embargo, es reservada, y no creo que tampoco tuviera mucho que decir en árabe. Por lo general es algo que me gusta de ella —el hecho de no tener que mantener conversaciones de ascensor continuamente—, pero en este momento esa calma total me pone de los nervios.

—Hostia, qué calor —digo, para romper la tensión.

El acento sureño de Caitlin me relaja.

—¿Calor? Irak en agosto, con veintidós kilos de equipo militar. Eso sí que es calor.

—No eres la única con entrenamiento militar —le respondo.

—Y no puedo competir con lo que has llegado a hacer, Jessie —me sonrío Caitlin—. Yo no era más que una soldado de infantería. Nada del otro mundo.

Reconocer los sentimientos de los demás es la forma favorita de Caitlin de resolverlo todo. Debieron de enseñárselo alguna vez durante la formación de oficial, y se le quedó. Yo lo aprendí en un curso de liderazgo hace un par de años, en Inglaterra, en la academia de entrenamientos especiales, pero no tenía más que dieciséis años y siempre he preferido la confrontación a preocuparme por lo que los demás sienten.

Aun así, esto no es el ejército ni un programa del gobierno, y en este pequeño equipo de tres Caitlin nos gestiona y da las órdenes. Yo, obedezco. Me revuelvo ligeramente porque ella siempre es capaz de prever mis intenciones, sabe la necesidad que tengo de presumir, pero su sonrisa se acaba de desvanecer. Dirige la mirada a los dos camiones que aparecen por el horizonte en dirección a nosotras. El campamento sigue en silencio, salpicado de chavales durmientes.

—Siete minutos. —Las lentes de los ojos le proporcionan a Caitlin lecturas sobre la velocidad, la distancia y el tiempo estimado de llegada de los camiones—. ¿Estáis preparadas?

Siento que un chute de adrenalina me recorre el cuerpo.

—Nací preparada.

Noto la arrogancia en mi voz y que Hala pone los ojos en blanco, pero no puedo evitarlo. Ella, evidentemente, se limita a asentir.

—Preparad el primer tiro.

Ambas inclinamos la cabeza hacia las miras. Hala se centra en los soldados dormidos de la derecha y yo, en los de la izquierda, y esperamos a que Caitlin dé la orden. El tiempo se ralentiza y el susurro de cada movimiento se detiene, incluso nuestra respiración.

—Ahora —ordena Caitlin.

Siempre me sorprende a mí misma la primera vez que presiono el gatillo, como si me olvidara de la presión exacta que hay que ejercer. Quizá la presión ha cambiado ligeramente por las modificaciones de los rifles, porque lo que disparan son dardos narcóticos, no balas. Sea como sea, no me cuesta nada acertar a los objetivos. Uno, dos, tres, cuatro... Voy derribando soldados desprevenidos a un ritmo firme, porque la firmeza es lo que importa. La firmeza significa no adelantarse, puesto que adelantarse podría provocar un error que nos condenaría a todas.

Con un ojo en la mira del rifle y el otro ampliando la escena mediante las lentillas, observo cómo los soldados sienten el aguijonazo de los dardos. Se desperezan durante unos segundos antes de desplomarse y caer inconscientes. Uno tras otro. Veinte, treinta... y ya he acabado con mi parte. Hala sigue finiquitando a los suyos. Los árboles susurran ante una ráfaga de aire y las mujeres se revuelven un poco en las jaulas, pero la extensión de tierra que conforma la mayor parte del campamento sigue en silencio.

Hala me dirige una mirada que roza la alegría. Lo hemos hecho bien. Pero, justo en ese momento, Caitlin interrumpe la quietud.

—A las dos en punto.

Hala y yo nos giramos. Hay un único soldado en pie, corriendo hacia la habitación de Ahmed con unas piernas delgadas y una chaqueta raída que le va golpeando el cuerpo raquíutico. Es listo: camina en zigzag para que sea más difícil apuntar.

Pero para mí no lo es. En medio del ímpetu por correr, cae de bruces y se desploma sobre la tierra rojiza. Y todo vuelve a sumirse en el silencio.

Caitlin suspira de alivio y me dedica una sonrisa. Hala solo menea la cabeza, como si no se creyera que he acertado el tiro.

—Venga —dice Caitlin—, que ya vienen los camiones.

Entonces oigo el rugido grave de los motores entrando por el oeste, justo a tiempo. Estos camiones son la única ayuda que nos brinda el gobierno del país, una vez que nos hemos encargado de lo más duro. Me pongo en pie, pliego el rifle y recojo el resto de las armas antes de seguir a las otras hacia el campamento.



Pasamos con cuidado entre los soldados, cuyas bocas desencajadas por el sueño impuesto están totalmente indefensas. Hala los recorre con el arma preparada por si alguno ha escapado a los dardos, antes de dirigirse a las jaulas en las que las mujeres nos observan en silencio, boquiabiertas. Vamos todas vestidas con uniformes de combate de color arena y botas, además de cargar con las armas y las fundas. Llevamos las cabezas envueltas en pañuelos palestinos con los que nos hemos cubierto también la cara. Solo se nos ven los ojos. Hay móviles en todas partes, incluso aquí, y no podemos dejar que nadie sepa quiénes somos.

Mientras Hala destroza las puertas de las jaulas para liberar a las mujeres, Caitlin y yo nos dirigimos aprisa a la cabaña de Ahmed. Las mujeres están indecisas, y Hala intenta convencerlas de que su objetivo es ayudarlas.

—Sonríe un poco —mascullo, y sé que me ha oído a través del pinganillo por la mirada asesina que me dedica. Sonreír no es su fuerte, pero lo intenta, y parece que funciona. Las mujeres comienzan a salir de las jaulas en dirección a los camiones de rescate que van llegando.

En la cabaña, los dos soldados que montaban guardia están en el suelo gracias a los dardos y, con un poco de suerte, Ahmed estará roncando dentro y podremos dormirlo también. Las dos llevamos un arma de dardos y una pistola, por si acaso. Tenemos órdenes de capturar a Ahmed vivo y entregarlo a las fuerzas gubernamentales, quienes luego se arrojarán el mérito de haberlo encontrado. Ese es el precio que aceptamos a cambio de proteger a las mujeres secuestradas.

Sin embargo, justo cuando nos disponemos a irrumpir en la habitación de Ahmed, uno de los camiones toca el claxon varias veces a medida que se acerca al campamento. Echo un vistazo, nerviosa. Las mujeres han ido corriendo a tal velocidad que por poco acaban bajo las ruedas, y el conductor pro-

bablemente ha tocado el claxon por inercia; el sonido ha sido tan estruendoso que es imposible que Ahmed no lo haya oído.

Caitlin asiente tensa y entramos con rapidez, puesto que cada segundo que esperemos le da tiempo a Ahmed para prepararse y hacer que se cambien las tornas. La puerta no está atrancada, y Caitlin la abre para que yo pueda entrar, pistola en mano. Noto cómo Caitlin entra justo después de mí, decidida, a cubrir la otra mitad de la habitación.

Me quedo quieta, con el arma desenfundada, y me siento una imbécil. Lo hemos planeado todo, hemos estado tiradas en el suelo durante una hora para asegurarnos de que no nos hubiera visto llegar, y no habíamos contado con esto, con que Ahmed pudiera tener chicas en su habitación. Las mismas chicas que veníamos a salvar.

Hay dos, y no tendrán más de quince años. Habría dado igual si Ahmed hubiera estado dormido, pero el jaleo exterior lo ha despertado, y esos tres segundos de más nos han hecho perder el factor sorpresa. No somos lo suficientemente rápidas como para sacar de allí a las chicas antes de que Ahmed se las ponga delante y las use como escudos humanos. Por eso ahora las estoy apuntando a ellas en vez de a él, y a su vez la pistola de Ahmed les está rozando las cabezas.

—No dejes de apuntarle —susurra Caitlin.

No bajamos las armas y seguimos apuntándole. Estamos en punto muerto, pero presiento que él está mejor que nosotras; siente que tiene el control, fichas con las que negociar. Detrás de la barba desgreñada se esconde una persona atractiva, algo que, de alguna manera, me sorprende, como si la vileza de lo que ha hecho tuviera que reflejarse en su rostro. El sudor le cubre la frente mientras sus ojos me miran fijamente. Las chicas también están sudando, una capa brillante

de humedad sobre los moratones y los rasguños, y una de ellas empieza a llorar.

—¡Cállate! —le ordena Ahmed. Pero está aterrorizada, al borde de un ataque de histeria. La otra chica le susurra que se tranquilice, pero los sollozos continúan. Ahmed comienza a cabrearse. La aparta de un empujón y, aliviada, la chica corre a una esquina de la habitación y sigue llorando.

—Deja que nos la llevemos —le propone Caitlin, en un intento por sacar al menos a una de las dos de allí.

Pero Ahmed va pasando el arma de una a otra rehén. Antes de que pueda moverme, se oye un disparo que retumba en las paredes como un trueno y doy un respingo, sobresaltada. La chica de la esquina cae al suelo. Miro hacia la pared más cercana, ahora salpicada de sangre. Se produce un momento de silencio, hasta que Caitlin deja escapar una especie de ruido gutural y siento cómo se me acelera el pulso y la sangre me bloquea la visión.

La voz de Caitlin es lo único que me trae de vuelta, o casi. Noto cómo me toca el brazo mientras habla con Ahmed, y eso me calma —su brazo y su voz—, como si aún existiera algo bueno en aquella habitación del demonio.

—Tranquilízate. No vamos a matarte —le dice Caitlin.

Los ojos se me van a la chica muerta del suelo. La otra rehén resuella de miedo, con los ojos muy apretados y la cabeza temblando contra la pistola. Ahmed mira por la ventana y ve que siguen llegando camiones con soldados del gobierno.

Oigo algo por encima de nuestras cabezas, un ligerísimo crujido, y a Caitlin y a mí nos llega la voz de Hala a los oídos.

—Estoy en el techo —nos comunica.

Recupero el aliento. Un hilo de esperanza. Debe de haber oído el disparo y nuestra conversación y ha hecho lo que mejor se le da: escalar. La estructura está coronada por un po-

bre tejado de paja y el muro marrón que la recubre es liso. A cualquiera le parecería imposible escalarlo, pero Hala lo ha hecho. En casa la llamaban *il bisseh*, «la gata». Esa fue una de las primeras cosas que me contó cuando nos conocimos en aquella deprimente sala del centro de reclusión.

Estoy segura de que Hala lo tiene difícil para acertar a Ahmed, pero también sé que esa bala es la mejor opción que tenemos para salir de aquí. No quiero estar en la línea de fuego, así que retrocedo un par de pasos, con calma, sin dejar de mirar a la chica. Si existe un Dios, no creo que permitiera que alguien como Ahmed siguiera vivo, así que me limito a rezar para que Hala nos saque del embrollo.

—Hazlo avanzar —oigo su voz tensa susurrando en mi oído.

Observo a Ahmed y el dedo que tiene en el gatillo en el momento en que la chica deja escapar un quejido. Con la mano izquierda saco una granada pequeña del bolsillo. Ahmed me mira con unos ojos astutos y maliciosos al ver que tengo algo en la mano.

—Granada —anuncio, y se la lanzo con cuidado. Por puro instinto, suelta a la rehén y avanza para coger la granada. En ese momento, se da cuenta de que la anilla sigue en su sitio y la pistola le salta de la mano. La bala de Hala se ha llevado por delante uno o dos dedos, ante lo que emite un chillido agudo que penetra las palpitaciones que siento en la cabeza y hace que me sienta mejor. Me acerco y agarro a la chica, mientras Caitlin noquea a Ahmed con la culata de la pistola, recupera la granada y lo ata de pies y manos.

Empiezo a ser de nuevo consciente de los sonidos. Me pasa a veces, cuando me concentro mucho; pierdo uno de los sentidos y otro se potencia. La habitación se ha llenado de ruidos, con el zumbido de las aspas de un helicóptero (que probablemente sea el que han enviado a recogerlos) y el ru-

gido de los motores diésel de los camiones que siguen llegando. Ahmed también está al tanto de lo que está pasando, porque gira la cabeza hacia la única ventana, por la que se ven tropas gubernamentales saliendo de los camiones y arrastrando a los soldados drogados hasta las jaulas en las que retenían a las rehenes.

Bajo mis manos, noto los hombros de la chica consumidos y temblorosos. Sus ojos rezuman miedo y desconfianza. La miro fijamente unos segundos y le paso un brazo por encima, intentando transmitirle que no tiene nada que temer. La guío con cuidado hacia la puerta y la dejo con Hala, que ya ha bajado del techo y está observando el cadáver de la otra chica. Esboza una mueca y se vuelve hacia mí con un gesto angustiado. La entiendo a la perfección. Otra vida perdida. Otra imagen que nos perseguirá siempre. Alargo el brazo para tocarle el hombro, y acepta la caricia antes de girarse e irse.

Mientras Hala sale con la chica que queda, cojo una sábana manchada de la cama y cubro el cuerpo de la otra con el mayor respeto posible. Tiene la cara hecha un desastre, y se me revuelve el estómago. Con tal de no vomitar, algo que me parecería irrespetuoso, aparto la vista y respiro profundamente un par de veces antes de arrodillarme y tocarle la frente.

Sigue caliente, sigue siendo real, y le pongo unos dedos en el cuello para comprobar si tiene pulso, aunque sepa que no. Los ojos, muy abiertos, transmiten un pavor que parece haberse quedado congelado en ellos, así que se los cierro con los dedos. Se me ensucian de sangre, su sangre. Observo las manchas de color carmín y me las limpio con cuidado en la chaqueta.

Mientras tanto, Caitlin habla con Ahmed.

—Van a arrestarte y te van a ofrecer un juicio justo...

Ahmed la interrumpe con un bufido.

—Mujeres, han enviado mujeres a detenerme. —Esboza una sonrisa—. En un año voy a estar fuera y, poco a poco, esta tierra será mía.

Al escucharlo, siento un dolor real en el pecho, pero no es algo físico: es pura desazón. Cuando sabes que alguien tiene razón y no quieres creerlo. Por primera vez desde que llegamos, lo veo todo con claridad. Solo porque nos preocupaban las chicas, aceptamos ayudar a un gobierno demasiado débil como para enfrentarse a las facciones terroristas por su cuenta en un país demasiado dividido. No pueden luchar contra un hombre como Ahmed a largo plazo; es una persona persistente, despiadada y arrogante. Y es posible que nosotras tampoco podamos, si seguimos las normas que los criminales como él ignoran.

Vuelvo a notar la hemorragia tras los ojos, el carmín, y viene acompañada de una intensa migraña. Siento como si me ardiera el cráneo.

Me levanto despacio y me alejo de la chica muerta, desenfundo la pistola y apunto con ella a Ahmed. No me precipito, pero cada movimiento es deliberado, impelida por algo que, en parte, no me pertenece. Caitlin se me queda mirando y sacude ligeramente la cabeza.

—No, esas no son las órdenes.

Pero los sonidos que me envuelven se han convertido en algo distorsionado, desconectado. Ahmed me mira con sorna, y en los oídos noto el ruido blanco de la sangre palpitando. Observo a Ahmed, maniatado, indefenso, y dudo sobre si apretar el gatillo. La duda le hace sonreír, porque se siente a salvo. Una sonrisa arrogante de oreja a oreja que muestra unos dientes nacarados. En este momento solo pienso en lo fácil que es pasar el índice por el gatillo, en la suavidad con que retrocede el arma y en lo rápido que Ahmed se desploma, con la barbilla pegada al pecho.

De repente, Caitlin comienza a gritar, Hala llega a la entrada presintiendo el jaleo y me quitan el arma de las manos antes de empujarme contra la pared.

—Desármala —ordena Caitlin.

No discuto la orden. No soy capaz de pensar en nada más, así que obedezco. Pongo las manos en la cabeza y me apoyo en la pared, mientras Hala me aparta los pies con las botas. Siento sus manos moviéndose metódicamente por mi tronco, por la espalda y por las piernas. Tengo la respiración acelerada y entrecortada. Una parte de mí no es capaz de creer lo que acabo de hacer. Miro por encima del hombro y veo a Ahmed; ha sido un tiro limpio, obviamente, justo en la frente. Lo observo. Estaba vivo, y ahora está muerto. Qué fácil ha sido, qué rápido, segar una vida. Es la primera vez que mato a alguien y, sin preverlo, me encuentro mal. Comienzo a notar la bilis en la garganta, pero me la trago con grandes esfuerzos. Respiro hondo, vuelvo a girarme hacia la pared y me recupero. Ha violado a las chicas y he visto con mis propios ojos cómo ha matado a una de ellas. ¿Por qué debería sentirme mal? Aunque, por alguna razón, no puedo evitarlo.

—Ya está —anuncia Hala, y le muestra a Caitlin un montón de armas. Mis armas.

Hala me mira con desaprobación; me saco una navaja del forro de una de las botas y se la alargo para demostrarle que se ha dejado algo. Ese diálogo mudo y silencioso con Hala entretiene mi mente durante apenas un segundo. Sin embargo, justo en ese momento, el cachivache que llevo en la oreja cobra vida y una voz incorpórea me habla solemne a miles de kilómetros de distancia:

—¿Qué ha pasado?

Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que me sale sangre. Caitlin toca la cámara de solapa que lleva en la chaqueta.

—Peggy, no es fácil de explicar...

—Estamos conectados a las cámaras que lleváis —me interrumpe Peggy, retumbándome en el oído—. Sabemos que está muerto. ¿Por qué?

Caitlin vacila. No quiere tener la responsabilidad de decir una obviedad ni de tirarme un montón de mierda.

—Me lo he cargado, Peggy —confieso, para evitar que Caitlin tenga que pensar qué decir.

—¿Era una amenaza? —pregunta otra voz, y reconozco a Kit. Aunque sea mi madre, o precisamente por eso, siento un impulso apremiante de picarla.

—Sí, para la humanidad.

Las voces de Londres desaparecen, y sé que he metido la pata hasta el fondo.

—Limpiadlo —nos ordena Peggy por los pinganillos, a lo que Caitlin asiente y mira a Hala, que en ese momento se está quitando la mochila. Mete la mano y saca un paquete de pastillas de gel blancas, como las que se meten en los lavavajillas. Con movimientos rápidos, pero sin dar la impresión de estar apresurándose, Hala cubre la habitación, colocando bloques en cada rincón y bajo el cuerpo de Ahmed. Acto seguido, saca un tubo de la mochila y traza una línea de gel que une cada pastilla.

—Con cuidado —le advierte Caitlin.

Con un golpecito en el hombro, Caitlin me guía hacia la puerta y me mueve rápidamente. Fuera espera nuestro helicóptero, sin marcas, con las aspas en movimiento, una cabina pequeña y oscura contra la tierra rojiza. Caitlin me sigue al exterior y las dos nos dirigimos a abrir la puerta del helicóptero. Saltamos dentro y esperamos tensas a que Hala termine. Cuando sale, corre a tal velocidad que parece desdibujarse con los destellos del sol.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le grita Caitlin al piloto.



Al llegar al helicóptero, Hala ignora la mano que le extiende y agarra la de Caitlin. Esta tira de ella hacia dentro mientras el helicóptero se eleva y se aleja suavemente. A nuestros pies, el refugio de Ahmed explota con un rugido de llamas puras, liberadoras.